

Stanislaw Lem

Fiasco



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Fiasko*
Traducción de Maribel de Juan

Primera edición: 1991
Tercera edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Barbara and Tomasz Lem
© de la traducción: Maribel de Juan
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1991, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-303-4
Depósito legal: M. 403-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	1. El Bosque de Birnam
87	2. El consejo
129	3. El superviviente
167	4. El SETI
191	5. Beta Harpyiae
219	6. Quinta
235	7. La caza
249	8. La luna
264	9. Una anunciación
288	10. El ataque
318	11. Demostración de fuerza
343	12. Paroxismo

Índice

- 347 13. Una escatología cósmica
- 389 14. Dibujos animados
- 423 15. Sodoma y Gomorra
- 456 16. Los quintanos

1. El Bosque de Birnam

–Buen aterrizaje.

El hombre que dijo esto ya no estaba mirando al piloto, de pie dentro de su traje espacial, con el casco debajo del brazo. En la sala de control circular –con una consola en forma de herradura en el medio– se dirigió a la pared de cristal y miró hacia afuera a la nave, un cilindro grande aunque lejano, chamuscado en torno a los reactores. Un fluido negruzco se derramaba aún de los reactores y caía sobre el hormigón. El segundo controlador, ancho de hombros, con una boina pegada a su cráneo pelado, se puso a rebobinar las cintas y, como un pájaro que no parpadea, miró al recién llegado por el rabillo del ojo. Llevaba auriculares y tenía delante de él una batería de monitores parpadeantes.

–Lo conseguimos –dijo el piloto. Fingiendo que necesitaba apoyo para quitarse los pesados guantes de doble hebilla, se recostó ligeramente contra el borde saliente de la consola. Después de semejante aterrizaje le temblaban las rodillas.

—¿Qué pasó?

El más bajo, cerca de la pared de cristal, con una gastada chaqueta de cuero y una cara ratonil sin afeitar, se palpó los bolsillos hasta que encontró sus cigarrillos.

—Desviación del impulso —murmuró el piloto, un poco sorprendido por la frialdad del recibimiento.

El hombre que estaba junto a la cristalera, ya con un cigarrillo en la boca, inhaló y preguntó a través del humo:

—Pero ¿por qué? ¿No sabe usted por qué?

El piloto deseó responder «no», pero se quedó callado, porque pensó que debería saberlo. La cinta se terminó y aleteó en la bobina. El hombre más alto se levantó, se quitó los auriculares, le saludó por primera vez con una inclinación de cabeza y dijo con voz ronca:

—Yo soy London. Y él es Goss. Bienvenido a Titán. ¿Qué le apetecería beber? Tenemos café y whisky.

El joven piloto se quedó desconcertado. Conocía los nombres de estos hombres, pero no les había visto nunca. Había supuesto, sin ningún motivo, que el más alto sería Goss, el jefe, pero era al revés. Mientras asimilaba el dato mentalmente, pidió café.

—¿Qué cargamento lleva? ¿Trozos de carborundo? —preguntó London cuando los tres estuvieron sentados en torno a una mesita fijada a la pared. El humeante café estaba servido en unos vasos que parecían de laboratorio.

Goss se tomó una píldora amarilla con el café, suspiró, tosió y se sonó la nariz hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—También ha traído radiadores, ¿no es cierto? —le preguntó al piloto.

El piloto, nuevamente sorprendido, esperando mayor interés en su proeza, se limitó a asentir. No pasaba todos los días que un motor se parase en mitad del aterrizaje. Estaba lleno de palabras, pero no acerca de la carga sino de cómo, en lugar de intentar poner en marcha los reactores o aumentar la potencia principal, había desconectado inmediatamente el automático y bajado sólo con los cohetes secundarios, un truco que nunca había probado fuera del simulador. Y eso había sido hacía siglos. Tuvo que concentrarse de nuevo.

–También he traído radiadores –contestó finalmente, e incluso le gustó cómo sonaba: el tipo lacónico, que acaba de escapar del peligro.

–Pero no al sitio adecuado –dijo sonriendo el hombre más bajo, Goss.

El piloto no supo si se trataba de una broma.

–¿Qué quiere decir? Ustedes me recibieron... me llamaron –se corrigió.

–No tuvimos más remedio.

–No le entiendo.

–Usted tenía que aterrizar en Grial.

–Entonces, ¿por qué me desviaron de mi curso?

Sentía calor. La llamada había sonado imperativa. Era cierto que, mientras perdía velocidad, había captado un anuncio por radio procedente de Grial acerca de un accidente, pero no pudo entenderlo bien a causa de los ruidos parásitos. Había estado volando hacia Titán vía Saturno, utilizando la gravedad del planeta para desacelerar y así ahorrar combustible, de modo que su nave había rozado la magneto esfera del gigante hasta que hubo ruidos en todas las longitudes de onda. Inmediatamente re-

cibió la llamada de este puerto espacial. Un navegante tiene que hacer lo que le manda el control de vuelo. Y ahora, aun antes de que pudiera quitarse su traje, le estaban interrogando. Mentalmente, estaba todavía al timón, con las correas clavándosele en los hombros y en el pecho cuando el cohete golpeó contra el hormigón con las patas extendidas. Los cohetes secundarios, aún echando fuego y retumbando, hicieron que todo el casco se estremeciera.

—¿Dónde tenía que haber aterrizado?

—Su cargamento pertenece a Grial —explicó el hombre más bajo, sonándose la colorada nariz. Tenía catarro—. Pero le interceptamos por encima de la órbita y le hicimos venir aquí porque necesitamos a Killian, su pasajero.

—¿Killian? —dijo el joven piloto sorprendido—. No está a bordo. Aparte de mí, no hay nadie más que Sinko, el copiloto.

Los otros se quedaron asombrados.

—¿Dónde está Killian?

—Debe de estar ya en Montreal. Su mujer iba a tener un niño. Se marchó antes que yo, en una lanzadera. Antes de que yo despegase.

—¿De Marte?

—Claro, ¿de dónde iba a ser? ¿Qué es lo que pasa?

—En el espacio reina el mismo desorden que en la Tierra —comentó London. Llenó su pipa de tabaco como si quisiera romperla. Estaba furioso. El piloto también.

—Deberían haberlo preguntado.

—Estábamos completamente seguros de que estaba con usted. Eso decía el último radiograma. —Goss se sonó

otra vez y suspiró—. En cualquier caso, usted no puede despegar ahora —dijo finalmente—. Y Marlin estaba impaciente por recibir los radiadores. Ahora me echará toda la culpa a mí.

—Pero están ahí. —El piloto indicó con la cabeza. Entre la neblina se veía la oscura y esbelta forma de su nave—. Hay seis, creo. Y dos en gigajulios. Dispersarán cualquier niebla o neblina.

—No pretenderá que me los eche a la espalda y se los lleve a Marlin —respondió Goss, cada vez de peor humor.

El descuido, la falta de responsabilidad del puerto espacial subordinado, que, como su jefe admitía, le había interceptado después de tres semanas de vuelo sin verificar la presencia del pasajero que esperaban, escandalizó al piloto. No les dijo que ahora el cargamento era problema de ellos. Hasta que se repararan los daños no podía hacer nada, aunque quisiera. Guardó silencio.

—Se quedará usted con nosotros, naturalmente.

Con estas palabras London se terminó el café y se levantó de la silla de aluminio. Era enorme, como un luchador de peso pesado. Se acercó a la pared de cristal. El paisaje de Titán, una inmensidad sin vida de montañas de un color sobrenatural en la penumbra rojiza, con densas nubes de bronce en las cumbres, formaba un telón de fondo perfecto para su figura. El suelo de la torre vibró ligeramente. «Un viejo transformador», pensó el piloto. Él también se levantó, para mirar su nave. Como un faro marino se alzaba verticalmente por encima de la bruma baja. Una ráfaga de viento dispersó los jirones de bruma, pero las marcas del recalentamiento de los reactores ya no se veían, quizá debido a

la distancia y la penumbra. O porque sencillamente se habían enfriado.

–¿Tienen aquí detectores de averías gamma?

La nave le importaba más que el problema de estos hombres. Ellos se lo habían buscado.

–Sí, pero no permitiré que nadie se aproxime al cohete con un traje normal –respondió Goss.

–¿Cree usted que es la pila? –dijo el piloto sin pensarlo.

–¿Usted no?

El jefe se levantó y se acercó. De los registros del suelo situados a lo largo del cristal convexo salía un agradable calor.

–Es cierto que la temperatura subió de golpe por encima de lo normal durante el descenso, pero los Geiger no indicaron nada. Probablemente fue sólo un reactor. Puede que una pieza de keramita haya salido disparada de la cámara de combustión. Tuve la sensación de que perdía algo.

–Una pieza de keramita, de acuerdo, pero había una fuga –dijo Goss con firmeza–. La keramita no se derrite.

–¿Ese charco?

El piloto estaba sorprendido. Estaban de pie junto al cristal doble. Efectivamente, debajo de las aletas inferiores había un charco negro. La neblina, arrastrada por el viento, barrió intermitentemente el casco de la nave.

–¿Qué lleva en la pila? ¿Agua pesada o sodio? –preguntó London. Le pesaba la cabeza al piloto.

La radio emitió unos ruidos chirriantes. Goss corrió hacia ella, se puso un auricular y habló en voz baja con alguien.

–No puede ser de la pila... –dijo el piloto, confuso–. Llevo agua pesada. La solución es pura, cristalina. Y eso es negro como la pez.

–Bueno, entonces, el refrigerante de los reactores rezumó –dijo London–. Lo cual agrietó la keramita.

–Sí –dijo el joven–. La máxima presión la reciben los embudos en el momento de frenar. Si la keramita se agrieta en un punto, el empuje principal arrastrará el resto. Todo salió disparado del reactor de estribor.

London no contestó.

El piloto añadió titubeante:

–Puede que haya aterrizado un poco demasiado cerca...

–Tonterías. Ya hizo suficiente con aterrizar derecho.

El piloto esperó más palabras que rozasen la alabanza, pero London se volvió hacia él y le examinó de arriba abajo: desde el cabello rubio revuelto hasta las botas blancas del traje.

–Mañana enviaré a un técnico con un detector de averías... ¿Puso la pila en punto muerto? –añadió de repente.

–No, desconecté todo el sistema. Como cuando lo ponemos en dique.

–Bien.

El piloto había comprendido ya que a nadie le interesaban los detalles de su lucha con el cohete sobre el puerto. Estaba bien que le dieran un café, pero ¿no deberían sus anfitriones, que le habían causado tantas dificultades, proporcionarle una habitación y un baño? Soñaba con una ducha caliente. Goss continuaba murmurando en el micrófono. London estaba a su lado inclinado hacia él. La situación no era clara, pero estaba llena de tensión.

El piloto estaba empezando a pensar que estos dos tenían en la cabeza algo más importante que su aventura, algo relacionado con las señales procedentes de Grial. En vuelo, había captado fragmentos... hablaban de aparatos que no habían llegado, de la búsqueda de los mismos.

Goss se volvió en su silla, de forma que el cable tirante de los auriculares hizo que éstos se le cayeran de las orejas al cuello.

—¿Dónde está ese tal Sinko?

—A bordo. Le dije que comprobara el reactor.

London miró con expresión interrogante al jefe. Éste sacudió ligeramente la cabeza y murmuró:

—Nada.

—¿Y sus helicópteros?

—Han regresado. Visibilidad cero.

—¿Has preguntado cuál es la carga máxima?

—No pueden hacer nada. ¿Cuánto pesa un radiador? —preguntó, volviéndose al piloto, que les estaba escuchando.

—No lo sé exactamente. Menos de cien toneladas.

—¿Qué están haciendo? —insistió London—. ¿A qué esperan?

—A Killian... —respondió Goss, y lanzó una maldición.

De un compartimento en la pared, London sacó una botella de White Horse, la sacudió como si dudara de si era apropiado para la situación y volvió a ponerla en el estante. El piloto permaneció de pie, esperando. Ya no notaba el peso de su traje.

—Hemos perdido dos hombres —dijo Goss—. No han llegado a Grial.

–Tres, no dos –le corrigió London sombríamente.

–Hace un mes –continuó Goss– recibimos un envío de nuevos Diglas Seis, para Grial. Grial no tenía espacio para el transportador; todavía estaban recubriendo de hormigón las pistas del puerto espacial, y cuando el primer carguero, el Aquiles, de noventa y nueve mil toneladas, aterrizó allí, toda la plancha de hormigón armado, garantizada por el gobierno, se resquebrajó. Tuvimos suerte de que la nave no volcara. Hubo que sacarla del agujero y dejarla en dique durante dos días. Hicieron las reparaciones más urgentes en el hormigón, pusieron un revestimiento incombustible y abrieron de nuevo el puerto. Pero los Diglas siguieron aquí. Los expertos decidieron que transportarlos por cohete no sería rentable. Además, el capitán del Aquiles era Ter Leoni. No estaba dispuesto a llevar una nave de noventa y nueve mil toneladas para hacer un miserable viaje de doscientos setenta kilómetros, de Grial aquí, por semejante carga. Marlin mandó a dos de sus mejores operadores. La semana pasada se llevaron dos aparatos a Grial. Ya están funcionando allí. Anteayer los mismos hombres regresaron en helicóptero para llevarse dos más. Partieron al amanecer y a mediodía ya habían pasado el Promontorio. Cuando empezaron a descender, perdimos contacto con ellos. Se perdió mucho tiempo porque pasado el Promontorio los guían desde Grial. Pensamos que no contestaban porque estaban en la sombra de nuestra radio.

Goss hablaba con voz tranquila y monótona. London estaba de pie junto a la cristalera, de espaldas a ellos. El piloto escuchaba.

—En el mismo helicóptero, con los operadores, vino Pirx. Había aterrizado con su Cuivier en Grial y quería verme. Nos conocemos desde hace años. El helicóptero tenía que recogerle por la tarde. Pero no vino, porque Marlin había mandado en busca de los operadores todo lo que tenía disponible. Pirx no quiso esperar. O no pudo. Tenía que despegar al día siguiente y quería estar a mano para la preparación de la nave. Bueno, insistió en que le dejara regresar a Grial utilizando uno de los Diglas. Le obligué a darme su palabra de que tomaría la ruta del sur, que es más larga, pero no pasa por la Depresión. Me dio su palabra... pero no la cumplió. Le vi en el satepa descendiendo a la Depresión.

—¿El satepa? —preguntó el piloto. Estaba pálido y había gotas de sudor en su frente, pero esperó a escuchar la explicación.

—Nuestro satélite patrulla. Pasa por encima de nosotros cada ocho horas. Me dio una imagen clara. Pirx bajó y desapareció.

—¿El *comandante* Pirx? —preguntó el piloto, con la cara alterada.

—Sí. ¿Le conoce?

—¡Que si le conozco! —exclamó el piloto—. Serví a sus órdenes como interno. Él firmó mi título... ¿Pirx? Durante tantos años se las ha arreglado para salir bien de los peores...

Se interrumpió. Sentía un martilleo en los oídos. Levantó el casco con ambas manos, como si fuera a arrojarlo a Goss.

—¿Así que le dejó irse solo en el Digla? ¿Cómo pudo usted hacerlo? Ese hombre es comandante de una flota, no un camionero.

—Él conocía esos aparatos cuando usted aún estaba en pañales —replicó Goss. Era evidente que trataba de defenderse. London, con el rostro inexpresivo, se acercó a los monitores, donde Goss estaba sentado con los auriculares alrededor del cuello. Delante de la nariz de Goss, sacudió la ceniza de su pipa en un bidón de aluminio vacío. Luego examinó la pipa, como si no supiera lo que era, y la agarró con ambas manos. La pipa se rompió. Él tiró los pedazos, volvió al ventanal y se quedó inmóvil, con los puños apretados en la espalda.

—No podía negárselo.

Goss se volvió hacia London, quien, como si no le hubiera oído, miraba a través del cristal los cambiantes jirones de neblina roja. Ahora sólo la proa de la nave emergía de ellos, ocasionalmente.

—Goss —dijo el piloto de pronto—, deme un aparato.

—No.

—Tengo permiso para manejar megapasos striders de mil toneladas.

Los ojos de Goss brillaron un segundo, pero repitió.

—No. Usted nunca ha manejado uno en Titán.

Sin decir nada, el piloto comenzó a quitarse el traje. Desenroscó el ancho cuello de metal, desabrochó los cierres de los hombros y bajó la cremallera, luego metió la mano dentro y sacó una cartera deformada por haber estado tanto tiempo bajo el grueso acolchado del traje. Los lados se abrieron como si estuvieran rotos. Se acercó a Goss y puso los papeles ante él, uno a uno.

—Ése es de Mercurio. Allí utilicé un Bigant. Un modelo japonés. Ochocientas toneladas. Y aquí está mi permiso. Taladré un glaciario en la Antártida con un megapaso de

hielo sueco, un crióptero. Ésta es una fotocopia de mi segundo puesto en la competición de Groenlandia, y ésta es de Venus.

Fue dejando las fotografías sobre la mesa con un golpe seco, como mostrando triunfos en un juego de naipes.

–Estuve allí con la expedición de Holley. Ése es mi termómetro, y ése es el de mi compañero. Él era mi suplente. Los dos modelos eran prototipos, bastante buenos. Salvo que el aire acondicionado tenía fugas.

Goss levantó la cabeza para mirarle.

–¿Pero no es usted piloto?

–Cambié de profesión, obtuve el título con el comandante Pirx. Serví en su Cuivier. Mi primer puesto de mando fue en un remolcador...

–¿Cuántos años tiene?

–Veintinueve.

–¿Y pudo cambiar sin más?

–Si uno quiere, se puede. Además, un operador de aparatos planetarios puede dominar cualquier tipo nuevo en una hora. Es como pasar de un ciclomotor a una motocicleta.

Se calló. Tenía otro paquete de fotos, pero no las sacó. Recogió las que estaban esparcidas sobre la consola, las metió en la vieja cartera de cuero y la guardó en su bolsillo interior. Con el traje abierto, la cara un poco colorada, se quedó de pie cerca de Goss. Los mismos rayos de luz corrían por las pantallas de los monitores, sin indicar nada. London, sentado en el pasamanos junto al ventanal, observaba la escena en silencio.

–Supongamos que le diera un Digla. Vamos a suponerlo. ¿Qué haría?

El piloto sonrió. Las gotas de sudor brillaban sobre su frente. En su cabello rubio se veía la marca del acolchado del casco.

–Me llevaría conmigo un radiador. Un gigajulio, de la bodega de la nave. Los helicópteros de Grial nunca podrían levantarlo, pero para un Digla cien toneladas no es nada. Iría a echar un vistazo... Marlin está perdiendo el tiempo buscando desde el aire. Sé que allí hay mucha hematita. Y bruma. Desde los helicópteros no se puede ver nada.

–Y usted llevará el aparato directamente hasta el fondo.

La sonrisa del piloto se hizo más amplia, mostrando sus blancos dientes. Goss observó que este chiquillo –porque era prácticamente un chiquillo, sólo el tamaño del traje le hacía aparentar unos años más– tenía los mismos ojos que Pirx. Un poco más claros quizá, pero con las mismas arrugas en las comisuras de los párpados. Cuando entornaba los ojos, tenía el aspecto de un gato grande al sol, inocente y taimado a un tiempo.

–Quiere entrar en la Depresión y «echar un vistazo» –le dijo Goss a London, medio interrogándole, medio ridiculizando la audacia del voluntario. London ni pestañeó. Goss se levantó, se quitó los auriculares, se acercó al cartógrafo y bajó, como una persiana, un enorme mapa del hemisferio norte de Titán.

–Estamos aquí. En línea recta, hay ciento sesenta y cinco kilómetros hasta Grial. Por esta ruta, la negra, son doscientos veinte. Perdimos cuatro personas en ella mientras estaban revistiendo de hormigón las pistas de Grial y el nuestro era el único campo de aterrizaje. Entonces usábamos pedipuladores diésel, impulsados por

hipérgolas. Para las condiciones locales, el tiempo era perfecto. Dos grupos de aparatos llegaron a Grial sin la menor dificultad. Y luego, en un solo día, desaparecieron cuatro megapasos. En la Depresión. En este círculo. Sin dejar rastro.

–Lo sé –dijo el piloto–. Lo aprendí en la escuela. Conozco los nombres de esas personas.

Goss puso un dedo en el punto donde habían dibujado un círculo rojo sobre la ruta negra hacia el norte.

–Se alargó la carretera, pero nadie sabía hasta dónde se extendía el terreno traicionero. Hicieron venir a unos geólogos. Hubiera sido lo mismo que trajeran a unos dentistas, también ellos son expertos en agujeros. Ningún planeta tiene géiseres móviles, pero aquí los tenemos. La mancha azul en el norte es el Mar Hynicum. Grial y nosotros estamos tierra adentro. Sólo que esto no es tierra, es una esponja. El Mar Hynicum no inunda la depresión que hay entre Grial y nosotros porque toda la costa es una altiplanicie. Los geólogos dijeron que este continente, por así llamarlo, recuerda al zócalo de la Fennoscandia.

–Estaban equivocados –intervino el piloto. Esto empezaba a parecer una lección. Dejó su casco a un lado, volvió a sentarse en la silla y cruzó las manos como un alumno atento. No sabía si Goss se proponía darle a conocer la ruta o asustarle para que se apartara de ella, pero la situación era de su agrado.

–Por supuesto. Debajo de las rocas hay una masa helada de hidrocarburos. Una abominación que descubrieron las perforaciones. Un hielo permanente, traicionero, hecho de polímeros. No se derrite ni a cero grados Cel-

sius, y aquí la temperatura nunca supera los treinta y dos bajo cero. Dentro de la Depresión hay cientos de antiguas calderas y géiseres extinguidos. Los expertos afirmaron que eran restos de actividad volcánica. Cuando los géiseres volvieron a entrar en actividad, recibimos visitantes con título superior. Los instrumentos sismoacústicos descubrieron, muy por debajo de las rocas, una red de cuevas de una extensión nunca vista. Se realizó una exploración espeleológica, murieron algunas personas y las compañías de seguros pagaron. Finalmente también el Consorcio abrió su talonario. Luego, los astrónomos dijeron: Cuando las otras lunas de Saturno están entre Titán y el Sol, y la fuerza de la gravedad alcanza su punto máximo, la placa continental se resquebraja y el fuego que hay debajo expulsa magma. Titán tiene aún un núcleo ardiente. El magma se enfría antes de subir de las profundidades por las aberturas, pero, entre tanto, calienta toda Orlandia. El Mar Hynicum es como agua, y el lecho de roca de Orlandia es como una esponja. Los canales subterráneos obturados se reblandecen y se abren. Así se producen los géiseres. La presión alcanza las mil atmósferas. Nunca se sabe dónde va a surgir el próximo. ¿Sigue usted empeñado en ir allí?

—Sí —respondió el piloto en un tono estudiado. Le habría gustado cruzar las piernas, pero con el traje espacial no podía. Recordaba que un compañero suyo lo intentó una vez y se cayó de lado, arrastrando consigo el taburete—. ¿Me está usted hablando del Bosque de Birnam? —añadió—. ¿Debo salir huyendo ahora mismo, o podemos hablar en serio?

Goss, sin hacer caso de sus palabras, continuó:

—La nueva ruta costó una fortuna. Tenían que ir royendo, con sucesivas cargas, esa sierra de lava, el torrente principal del Gorgona. Ni siquiera el Monte Olimpo de Marte se puede comparar con el Gorgona. La dinamita resultó ineficaz. Había un tipo con nosotros, Hornstein (puede que haya oído hablar de él), que dijo que en lugar de abrir un paso cortando la sierra deberían tallar escalones en ella, hacer una escalera. Saldría más barato. En la convención de la ONU debería existir una norma que prohibiera a los idiotas dedicarse a la astronáutica. El caso es que abrieron la Sierra del Tifón con bombas termonucleares especiales, después de hacer un túnel. Gorgona, Tifón... es una suerte que los griegos tuvieran tantos monstruos en su mitología, ahora nosotros podemos utilizar sus nombres. La nueva ruta se abrió hace un año. Sólo cruza la zona más al sur de la Depresión. Los expertos afirmaron que era segura.

»Mientras tanto, el movimiento de las cavernas subterráneas continúa en todas partes, por debajo de toda Orlandia —siguió explicando Goss—. ¡Tres cuartas partes de África! Cuando Titán se enfrió, su órbita era muy elíptica. Se aproximaba al límite de Roche, dentro del cual habían caído multitud de lunas más pequeñas. Saturno las varó y así se formaron sus anillos. Titán se enfrió mientras hervía; se crearon grandes burbujas en el perisaturnio de la órbita y se congelaron en el aposaturnio; luego vinieron la sedimentación, las glaciaciones, y esta roca amorfa, esponjosa y llena de burbujas quedó recubierta y hundida. No es verdad que el Mar Hynicum suba solamente durante la ascensión de todas las lunas de Saturno. Las invasiones y erupciones de los géiseres no pueden predecirse. Todo el

que trabaja aquí lo sabe, y los transportadores también, incluyendo a los pilotos como usted. La ruta costó miles de millones, pero debería estar cerrada a las máquinas pesadas. Todos nos mantenemos en el cielo. Aquí estamos en el cielo. Fíjese en el nombre de la mina: Grial. Lo malo es que el cielo ha resultado ser condenadamente caro. Se podría haber organizado mejor todo el asunto. La contabilidad es una pesadilla. Las indemnizaciones por los que mueren son fuertes, pero es menos dinero del que costaría reducir el peligro. Más o menos, eso es todo lo que tengo que decir. Es posible que los hombres hayan salido arrastrándose, aunque estuvieran sumergidos. La marea está bajando, y el blindaje de un Digla puede soportar cien atmósferas por centímetro cuadrado. Tienen oxígeno para trescientas horas. Marlin ha mandado aerodeslizadores no tripulados y está haciendo reparar dos superpesados. Por mucho que usted pueda conseguir, no vale la pena. No vale la pena que arriesgue el pellejo. El Digla es uno de los más pesados...

—Dijo usted que había terminado —le interrumpió el piloto—. Sólo quiero hacer una pregunta, ¿de acuerdo? ¿Qué me dice de Killian?

Goss abrió la boca, tosió y se sentó.

—Era para esto, ¿no?, para lo que tenía que traerle —añadió el piloto.

Goss dio un tirón de la parte inferior del mapa y éste se enrolló bruscamente, luego cogió un cigarrillo y dijo por encima de la llama del encendedor:

—Ésa es su especialidad. Conoce el terreno. Además, tenía un contrato. Yo no puedo prohibir a los operadores que hagan negocios con Grial. Puedo presentar mi